



Lerma y de Lara, y se las quitaron á D. Álvaro.

Vueltos á Búrgos, hicieron su entrada con representacion de majestad á manera de triunfo. Pasaron á la Rioja, do sujetaron á Villorado, Nájara y á Navarrete: todo se le allanaba al nuevo rey, porque demas que tenía de su parte la justicia y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condicion y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades, y todo el mundo se le aficionaba. Sólo los señoras de Lara y sus aliados no acababan de sosegar, ni los daños y males rendian sus corazones obstinados, en que pasaron tan adelante que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Hereruela, puesto en el mismo camino por do el rey habia de pasar á Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo: don Alvaro en un cortijo allí cerca acompañado de poca gente. Este descuido, ó sea menosprecio de sus contrarios, fué causa de su perdicion, porque avisados los del rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y áun despues caído en tierra se cubria con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso: con que se pudiera poner fin á los males y revueltas del reino, si no se aseguraran demasiadamente.

Fué así que D. Álvaro, como se vió preso, rindió al rey luégo todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder: éstos fueron Alarcon, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Nájara, Pancorvo. Esto hecho, no sólo le dieron libertad, sino que el rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con D. Fernando, hermano de D. Álvaro, que tenía en su poder á Castrojeriz y Orejon; y como no los quisiese rendir confiado en los muchos soldados y provision que dentro dellos tenía, por excusar la guerra, finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder; pero que los tuviese en nombre y como teniente del rey, y para esto hiciese los homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba á venir en semejantes conciertos, puesto que parecia menoscabo de la ma-

jestad real, y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad. Á la verdad, la paz no fué duradera, ni los que estaban acostumbrados á gobernar y mandar se podian contentar de vida particular y retirada; ántes en breve se declararon en deservicio del rey, y con gente que juntaron corrieron la tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podian. Armóse el rey contra ellos, y apretólos de manera que fueron forzados á desembarazar la tierra. Recogióronse á lo del rey de Leon, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, á él debida segun su parecer, y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que ántes hacer guerra en las tierras de Castilla, á que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara, luégo que se retiraron á su reino.

Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de Leon: no eran tan fuertes que pudiesen contrastar á las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fué muy considerada. Sobrevino el rey de Leon de rebato; dió sobre ellos, y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellon, puesto entre Medina del Campo y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos á socorrer los cercados, otros para apretálos: tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes, padre y hijo. Hallábase presente el conde don Alvar Nuñez de Lara, á la sazón enfermo de una dolencia que se le agravó mucho con la pena que tomó por ver los reyes concertados; que á los revoltosos la paz y el sosiego suele ser odioso y contrario á sus intentos. Hízose llevar en hombros á la ciudad de Toro; con el camino se le agravó más la enfermedad, de suerte que en breve pasó desta vida, cuya muerte fué muy saludable para todo el reino, así bien que su vida fué inquieta y perjudicial. Al tiempo de la muerte tomó el hábito de la caballería de Santiago, que así se acostumbraba en aquel tiempo, para con aquella ceremonia las indulgencias concedidas á los que tomaban la cruz aplacar á Dios en aquel trance y alcanzar perdon de sus pecados. El cuerpo enterraron en Uclés, convento el más principal de aquella órden.



Su hermano D. Fernando, que de su voluntad se habia desterrado en África, con licencia del Miramolin hacia su residencia en Elbora, poblacion de cristianos cerca de la ciudad de Marruecos. Allí enfermó de una dolencia mortal, y á ejemplo de su hermano, poco ántes de espirar se hizo vestir el hábito de San Juan. Su mujer doña Mayor, y sus hijos D. Fernando y D. Álvaro, procuraron que su cuerpo se trajese á Castilla, y le hicieron enterrar en la Puente de Fitero, convento y casa de aquella órden en tierra de Palencia. Comenzó con esto á mostrarse una nueva luz en Castilla, muertos los que la alborotaban, y una grande esperanza que las treguas puestas con Leon se trocarian en una paz perpétua, como todos lo deseaban. En particular pretendian volver las fuerzas contra los moros: concedió el papa sus indulgencias para los que armados de la señal de la cruz se hallasen en aquella guerra. Juntóse gran gentío, más por deseo que por alcanzar perdon de sus pecados. Dieron sobre Extremadura, talaron los campos, quemaron los pueblos, hicieron presa de hombres y de ganados; finalmente, se pusieron sobre la villa de Cáceres con intento de forzalla ó rendilla. Engañóles su esperanza á causa de las muchas aguas que sobrevinieron y el tiempo contrario, que les forzó, sin pasar adelante, dar la vuelta para sus casas al fin del año que se contaba de nuestra salvacion de mil docientos diez y ocho.

En este estado se hallaban las cosas de España: los reinos comarcanos eso mismo tenían guerras civiles. De las guerras siempre suelen venir otros males y pérdidas grandes, muchos vicios y maldades. La licencia y costumbre de pecar casi habia apagado la luz de la razon: los vicios eran tenidos por virtudes y las virtudes por vicios: gravísimo mal y daño. En tantas tinieblas y tan espesas de ignorancia, despertó Dios hombres (como siempre ha hecho) señalados en santidad y admirables, los cuales no dejaban de encaminar los hombres á la vida eterna y mostrarles el sendero que Cristo enseñó y abrió, que habian cegado en gran parte los vicios. Allegáronse á estos santos varones otros muchos que, con deseo de imitar su virtud, renunciaban las cosas del mundo:

con que por este tiempo muchas familias y congregaciones santas se levantaron. Entre todos tuvo muy principal lugar el padre Santo Domingo. Nació en tierra de Osma, en un lugar llamado Caleruega, entre Osma y Aranda. Siendo mozo, fué canónigo reglar de San Agustin. Llegado á mayor edad, trabajó mucho en desarraigar la herejía de los albigenes en Francia, como de suso se dijo.

Ocupado en esto, como viese cuán pocos predicadores se hallaban de la palabra de Dios, que con buen celo y ejemplo de vida y buena doctrina enseñasen á los hombres engañados la verdad y santidad, pensó y trazó en su pensamiento, y comunicó con otros un modo de vida, cuyos seguidores se ocupasen en predicar el santo Evangelio por todo el mundo. Ofreció este modo de vivir y regla al papa Honorio, y su santidad la aprobó el año primero de su pontificado. De allí á dos años se vino á España, y publicó la bula que traía de su aprobacion, á los reyes y príncipes, con cuya licencia y beneplácito fundó algunos monasterios en ciudades principales. El primero fué en Segovia, otro en Madrid, el tercero en Zaragoza. Hecho esto en España, y vuelto á Italia, finó en Bolonia, ciudad de la Lombardía: ilustre varon en virtud y santidad de vida, fundador de su órden muy principal, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido y salen muchos varones admirables en toda virtud y letras.

El mismo año que santo Domingo vino á España se ordenó otra religion en Barcelona, llamada de Nuestra Señora de la Merced. La ocasion fué que muchos cristianos por mar y por tierra venian en poder de infieles hechos esclavos, y para librarse de la mala vida que les daban sus amos renegaban, y se apartaban de Jesucristo y de su fe con grande afrenta de la religion cristiana. Para procurar el remedio y rescate destos cautivos se ordenó esta religion, cuyos frailes con limosnas allegadas de todas partes rescatasen los cautivos ántes que apostatasen de la fe. D. Jaime, rey de Aragon, fué el primer inventor desta órden y manera de vivir por voto, como algunos escriben, que hizo á Nuestra Señora, de instituir esta órden cuando estuvo en Mon-



zon encerrado á modo de cautivo, y probó en sí cuánto mal es carecer de libertad. El primero, despues del rey, que se ofreció á ser guia de los que le quisieron imitar, fué un Pedro Nolasco, frances de nacion. Éste hizo muy buenas reglas y constituciones para que los religiosos se gobernasen por ellas. Tienen por insignia sobre el hábito blanco y capilla las armas del rey de Aragon con una cruz encima en campo colorado. El mismo Nolasco, de mano de San Raimundo de Peñafuente, que fué despues general de la orden de Santo Domingo, tomó con mucha solemnidad el hábito en la iglesia de Santa Cruz, en presencia del rey y de muchos caballeros del reino.

Siguióse tras estos dos San Francisco, ciudadano de Asís, en la Umbría ó condado de Espoleto, parte de Italia; varon de singular inocencia, virtud y santidad. Aprobó su instituto y modo de vivir el papa Honorio. Él mismo despues de aprobado su instituto y regla vino á España, donde llegó hasta Portugal y Compostella. En poco tiempo se fundaron en estos reinos muchos monasterios de su orden, como en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades y villas de España. Movian estos religiosos á devocion y al menosprecio del mundo con la aspezeza de su vida, y con el vestido pobre y humilde de que usaban. En Portugal se juntó con San Francisco San Antonio de Padua, excelente predicador adelante, y muy santo.

Para tomar el hábito de los Menores, dejó el de los canónigos reglares de San Agustin, cuyo instituto abrazára desde niño, y entró en aquel orden en la ciudad de Lisboa, de donde era natural, en el convento de San Vicente, que es de canónigos reglares: allí pasó algunos años, despues en el convento de la misma orden de Santa Cruz de Coimbra, en que vivia cuando se pasó á la religion de San Francisco. Junto con la mudanza de vida trocó el nombre de Fernando, que recibió en el bautismo, en el de Antonio, del apellido y nombre del monasterio en que tomó aquel nuevo hábito.

Muchas ciudades de Italia, por sus predicaciones santas y fervorosas se reformaron; gran número de gente por su medio, dejaron la mala vida y se trocaron en nuevos hombres. Fi-

nalmente, despues que padeció muchos trabajos por Dios, falleció en Padua, lleno de virtudes y de milagros. Su santo cuerpo es allí acatado en propia iglesia, que por mucha devocion del pueblo fundaron en su nombre; que tal honra se debe á la virtud, y al autor y fuente de toda santidad, Dios, que es el que hace los santos. Á San Francisco y á Santo Domingo, algunos años despues de su muerte, canonizó el papa Gregorio IX, y puso sus nombres en el número de los santos. En Castilla, á instancia del arzobispo D. Rodrigo, prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra los moros. Juntáronse con la divisa de la cruz doscientos mil hombres, los más número, con los cuales se hizo la guerra por el mes de Agosto del año mil doscientos diez y nueve en la Mancha y en tierra de Murcia. Ganáronse algunos pueblos de poca cuenta. Pusieron sitio sobre Requena, mas no la pudieron forzar ni rendir, como quiera que hicieron todo el esfuerzo posible. El cerco se puso á veintinueve de Octubre, y se alzó á los once de Noviembre: finalmente, el suceso desta empresa no fué como se esperaba y conforme al grande aparato que se hizo; solamente se ganaron muchos despojos de moros, con que los soldados dieron vuelta á sus casas.

Por el mismo tiempo trataba el rey de Aragon, D. Jaime, de quitar el gobierno á D. Sanchó, su tío, y porque se enmendaba y prometia proceder de otra manera, le tornó á recibir en su gracia y perdonalle. Esto era el año de mil doscientos diez y nueve, cuando en España se padeció una muy grande hambre y mortandad. El rey, aunque niño, que apenas tenía once años, comenzaba á dar claras muestras de valor, y ensayarse en los ejercicios de las armas y de la guerra. Sucedió que D. Rodrigo de Linaza, hombre poderoso, tenía diferencias con un deudo suyo, que se llamaba D. Lope Albero, y de grandes amigos que eran, habia resultado entre ellos grande enemistad. Esperó buena ocasion, y á tiempo que el contrario estaba descuidado, le prendió y llevó al castillo de Lizana. Avisóle el rey no pasase adelante en aquella via de fuerza, y que se contentase con el mal hecho á su contrario. No quiso apa-

ciguarse ni obedecer á este mandato: como el rey era de poca edad, no le estimaban, ántes cada cual con tanto se queria salir cuanto era su poder y fuerzas.

Desdeñóse por esta causa: tomó las armas con deseo de defender al preso y ponerle en libertad, y para conservar por el mismo camino su autoridad y hacerse respetar. Juntó en Huesca buen número de gente, y con ella se encaminó la vuelta de Albero, pueblo de que se habia apoderado el Rodrigo Lizana, y dentro de dos dias hizo que los de dentro se le rindiesen. Revolvió sobre el castillo de Lizana, patrimonio de aquel caballero alzado; y porque los soldados y moradores no querian hacer virtud, dió orden que de Huesca le trajesen una máquina ó trabuco, en aquel tiempo muy famoso por tirar entre dia y noche mil quinientas piedras, con que aportilló los muros y hacia grande estrago en los soldados que los defendian: llamaban esta máquina Fundíbulo. Rindiéronse los cercados, y Lope Albero fué restituido en su libertad: su contrario, perdido el castillo, por entender que en ninguna parte de Aragon estaria seguro, se fué á guarecer á Albarracin por tener con D. Pedro Fernandez de Azagra, señor de aquella ciudad, amistad de años atras. Desde allí, segun la costumbre de aquellos tiempos, renunció por escrito la naturaleza de Aragon y la obediencia que debia al rey como su vasallo: con que comenzó á hacer cabalgadas en las tierras comarcanas de aquel reino.

No quiso disimular el rey estas insolencias, ántes animado con el buen principio que tuvo en esta guerra, revolvió sobre Albarracin, ciudad puesta en aquella parte por do antiguamente partian mojones los contestanos y los celtiberos; de poca vecindad, pero por su sitio muy fuerte, que está por todas partes cercada de peñas y riscos muy altos, y al derredor casi por todas partes la rodea el rio Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar. Púsose el rey sobre ella: levantó sus máquinas é ingenios, que como no podian llegar al muro por ser el sitio tan áspero, no hacian efecto alguno, ni los soldados se podian arrimar á la muralla por las saetas y dardos que por las tro-



neras y travesías y desde las almenas les tiraban. Lo que hizo más al caso, que como suele acontecer en guerras civiles, de todos los intentos del rey tenian aviso los cercados y tiempo para apercibirse. Dos meses se gastaron en el cerco en lo más recio del estío hasta tanto que el rey perdió la esperanza de salir con la empresa, á causa que cierta noche los de dentro dieron al improviso sobre las máquinas y quemaron el mejor trabuco. Hallábase otrosí poco guarnecido de gente, y restaban en el cerco pocos soldados, en tanto grado que los de á caballo no llegaban á ciento cincuenta: el número de los peones no señalan, pero no debia ser grande. Alzaron pues el cerco, y sin embargo, en breve, D. Pedro Fernandez de Azagra volvió en gracia del rey.

Los caballeros del reino, con quien tenía grande amistad, hicieron mucha instancia sobre ello, y sus servicios de tiempo atras eran muy notables, por donde tenía oficio de mayordomo de la casa real, además que el rey entendia muy bien cuánto le importaba tener por amigo y en su servicio un personaje tan valeroso y principal.

Esto pasaba en Aragon el año que se contaba de mil y doscientos y veinte. En el mismo en Castilla se celebraron las bodas, dia de San Andres, apóstol, del rey D. Fernando con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador que fué de Alemania. La edad del rey era bastante, y la madre se recelaba no se extragase con deleites dañosos y malos; acordó despachar á Mauricio, obispo de Búrgos, y á fray Pedro, abad de San Pedro de Arlanza, para que concertasen el casamiento con el emperador Federico II, primo de la doncella; tardóse más tiempo de lo que pensaron; en fin, con sufrimiento de cuatro meses que residieron en aquella córte, acabaron todo lo que deseaban. Encamináronse por la vía de Francia; en París, el rey Felipe de Francia festejó la novia y la trató con mucha liberalidad. Salió otrosí para recibilla doña Berenguela hasta la raya de Vizcaya, y á cabo de un año que gastaron en ida y vuelta, llegaron á Búrgos, ciudad que tenían señalada para las bodas. Veló á los reyes el obispo Mauricio de aquella ciudad en la iglesia Mayor con las so-



lemnidades y ceremonias acostumbradas, y el día ántes él mismo celebró misa de pontifical en el monasterio de las Huelgas, en que el rey se armó á sí caballero, por no hallarse otro más digno que hiciese aquella ceremonia, conforme á lo que en aquellos tiempos se usaba. Este casamiento fué en generacion abundante; dél nacieron siete hijos por el órden que aquí se ponen: D. Alonso, D. Fadrique, D. Felipe, don Sancho, D. Manuel, doña Leonor, que murió niña, y doña Berenguela, que en las Huelgas de Búrgos tomó el hábito.

Á los aragoneses, por el mismo tiempo, aquejaba el deseo de tener sucesion de su rey D. Jaime. Parecía que por este medio se aplacarían los bandos que todavía continuaban entre los dos tios del rey, D. Sancho y D. Fernando, por la esperanza que cada cual tenía de la corona, si el que la tenía faltase. De todo resultaban males y daños. La edad del rey era poca, en que mucho reparaban para casarle; mas prevaleció el deseo grande que de hacello tenían. Tomado este acuerdo, y pospuesto todo lo al, despacharon embajadores á la reina doña Berenguela para pedir á su hermana la infanta doña Leonor. No se podia ofrecer mejor casamiento para aquella doncella; así, hechas las capitulaciones, señalaron la villa de Ágreda, que es de Castilla á la raya de Aragon, para que allí se hiciesen los desposorios. Acudió primero doña Berenguela en compañía de su hermana; despues vino el rey D. Jaime con lucido acompañamiento de los suyos. Los desposorios se hicieron allí á seis de Febrero del año de Cristo de mil y doscientos y veintiuno; las bodas, poco despues, en Tarazona en la iglesia de Santa María de la Vega, si bien por la poca edad del rey la desposada se estuvo doncella por espacio de año y medio, segun él mismo lo relata en la Historia que dejó escrita de sus cosas y de su vida.

En la ciudad de Toledo el arzobispo don Rodrigo consagró la iglesia de San Roman, puesta á guisa de atalaya en lo más alto de la ciudad, día domingo, á veinte de Junio. Por el mes de Noviembre á los veintitres, mártes, día de San Clemente, nació allí mismo el hijo mayor del rey D. Fernando, por nombre don

Alonso. Luégo, por principio de Diciembre, un gran temblor de tierra maltrató gran parte de los edificios, y con las muchas aguas y vientos que se siguieron, en gran parte cayeron por tierra los adarves y casas particulares. El miedo por esta causa fué tanto mayor, cuanto más segura está aquella ciudad de accidentes semejantes por su sitio, que es muy empinado y sobre peñas; y lo que hace mucho al caso para no padecer temblores de tierra, que le cae muy léjos el mar.

Quietos estaban y pacíficos, por una parte los navarros, y por otra los portugueses y los leoneses. Los moros se abrasaban entre sí en guerras civiles. En Castilla y en Aragon continuaban las alteraciones, bien que no eran de mucha consideracion. D. Rodrigo, señor de los Cameros, de antiguo linaje, y que tenía mucha autoridad entre los principales de Castilla, por su estado y las tenencias de diversas villas y castillos del patrimonio real, confiado en sus fuerzas y poder, y más en la revuelta de los tiempos, se atrevió á hacer mal y daño en las tierras comarcanas. Citóle el rey, para que en presencia se descargase de lo que le acusaban. Respondió que había tomado la cruz para ir á la guerra de la Tierra Santa; excusa de que muchos se valian para declinar jurisdiccion y no poder ser convenidos delante los jueces ordinarios, por los muchos privilegios y exenciones que el papa concedía á los tales; en particular les otorgaba no los pudiesen citar delante jueces seculares, sino que sus causas solamente se ventilasen en los tribunales eclesiásticos. No le valió este recurso: hiciéronle comparecer en Valladolid, do la córte de Búrgos se había pasado: hiciéronle cargos graves y feos, acordó de ausentarse y huir, condenáronle en rebeldía en privacion de todo su estado: él, que era hombre determinado, se hizo fuerte dentro de los pueblos y castillos que tenía más fortalecidos, con resolucion de hacer resistencia; mas porque aquellos principios no resultasen guerras más graves, acordaron tomar asiento con él, y demas del perdon, dalle catorce mil ducados porque alzase mano de los pueblos y castillos, cuya tenencia por el rey tenía á su cargo.



Sosegada esta alteracion, resultó otra nueva. D. Gonzalo Nuñez de Lara, que era el que sólo quedaba de los tres hermanos, conforme á la costumbre que tenía este linaje de gustar de alborotos, persuadió á D. Gonzalo Perez, señor de Molina, que hiciese mal y daño á las tierras comarcanas. Nunca á semejantes personajes faltan quejas y causas para tomar las armas. En particular D. Gonzalo de Lara, por medio destas revueltas pretendía y esperaba restituirse en su patria, ca despues de la muerte de su hermano D. Fernando se quedó en Berbería, donde era ido juntamente con él. Vinieron á las manos y á rompimiento: la guerra no fué de mucha consideracion á causa que el señor de Molina, conocido el engaño y el riesgo que sus cosas corrian, pidió perdon y le alcanzó por medio de la reina doña Berenguela. Con esto D. Gonzalo de Lara, desconfiado de poder salir con sus intentos, se pasó á los moros del Andalucía, y en Baeza dió fin á lo restante de su vida, ni muy santa, ni muy honradamente. Tal fin tuvieron estos tres hermanos, bien conforme á sus obras, de quien descende el linaje de los Manriques, bien conocido en España.

Corría en esta sazón el año de Cristo de mil doscientos veintidos, en que el rey de Leon juntó un grueso ejército, parte de los que levantó á sueldo, y en especial de los que tomaba la señal de la cruz, á su costa se querían hallar en aquella empresa. Con estas gentes corrió las tierras de Extremadura, y se puso sobre la villa de Cáceres: los moros, por librarse del cerco concertaron de dar cierta cantidad de dineros que esperaban de África; alzado el cerco, no cumplieron lo asentado, ni los nuestros pudieron por entónces revolver sobre ellos. Por este mismo tiempo, Mauricio, obispo de Búrgos, inglés que era de nacion, abrió los cimientos de la iglesia Mayor que hoy se ve en aquella ciudad, y no sólo la comenzó á edificar, sino la acabó: ántes deste tiempo la iglesia de San Lorenzo era la catedral, y juntó á ella las casas del obispo y su habitacion. No sólo en Búrgos, sino en otras muchas partes del reino se levantaban fábricas suntuosas y templos; que parece los prelados á porfia pre-

tendian señalarse en aumentar el culto divino.

En particular, once años ántes deste en que vamos, se dió principio á la iglesia Mayor de Talavera, villa bien conocida en el reino de Toledo. Su fundador, D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, puso en ella doce canónigos y cuatro dignidades, que mandó fuesen sujetos á los de Toledo, y en señal deste reconocimiento, cada un año, el día de la Asuncion de nuestra Señora les acudiesen con cinco maravedís de tributo. D. Juan, canceller del rey, edificó á su costa dos iglesias, primero la Mayor de Valladolid, y despues, siendo obispo de Osma, levantó la que hoy se ve en aquella ciudad. D. Nuño, obispo de Astorga, sus casas obispales y el claustro de aquella su iglesia. D. Lorenzo, jurista que fué nombrado en Orense, donde era obispo, edificó la puente sobre el rio Miño que por allí pasa, la iglesia Mayor y las casas obispales. Finalmente, D. Estéban, obispo de Tuy, y D. Martin, obispo de Zamora, se esmeraban y gastaban sus rentas en semejantes edificios. La piedad del rey y de su madre, y la liberalidad grande con que acudían á estas obras, y á proveer de ornamentos y todo lo necesario, por cuanto la estrechura de los tiempos daba lugar, despertaba á todos los prelados para que los imitasen en gastar bien sus haciendas. Volvamos al órden de la historia.

Por el mes de Julio falleció Rogerio, conde de Fox: el que le sucedió en el Estado fué su hijo Rogerio Bernardo, y luégo por el mes de Agosto falleció Ramon, conde de Tolosa: el uno y el otro, por el favor que dieron á los albigenses, incurrieron en mal caso en las censuras que el papa fulminó contra ellos; por esto el hijo y sucesor del conde de Tolosa, que se llamó tambien Ramon, nunca pudo alcanzar licencia para enterrar en sagrado el cuerpo de su padre; tal era la fuerza de los eclesiásticos en aquellos tiempos, y la constancia y severidad de que usaban contra los malos. En Aragon el rey, á veintiuno de Diciembre, otorgó perdon y recibió en su gracia á Gerardo, vizconde de Cabrera, hombre poderoso en rentas y vasallos: tenía ofendido por causa que en tiempo de la vacante del reino con mano armada se apoderó del condado de Urgel, y des-